





Era la mañana del 24 de diciembre y el bosque estaba cubierto por un brillo especial. Las hojas parecían espolvoreadas con azúcar y las luces navideñas colgaban de árbol en árbol como pequeños luceros danzantes. Willy caminaba emocionado entre las decoraciones mientras su corazón hacía pum pum pum de alegría.



Cuando llegó la noche,
toda la familia se reunió
alrededor del árbol.
Había cajas de todos los
tamaños: unas envueltas
en papel dorado, otras
con lazos rojos enormes,
y otras tan chiquitas que
parecían guardar un
secreto mágico.



—¡Ya casi es hora de abrirlos!
—decía uno de sus amigos,
saltando de emoción.



Finalmente, el papá anunció:

—Es momento de descubrir lo que la Navidad nos ha traído este año.

Willy tomó su regalo y rasgó el papel con ilusión. Pero cuando vio lo que había dentro, su sonrisa se apagó lentamente. No era el juguete que había soñado por semanas, el que había imaginado cada noche antes de dormir.



Sintió un nudo en la garganta.

Sus orejitas se bajaron un poquito.

Sus ojos se aguaron.

—No era esto lo que quería...
—pensó, con una mezcla de tristeza y frustración.



El papá, que siempre sabía cuándo algo pasaba, se acercó y se hizo a su lado.

—Willy, ¿qué sientes?
—preguntó suavemente.





Willy negó con la cabeza.

El le tomó la mano con cariño.

—A veces, en Navidad no recibimos lo que imaginamos, pero siempre recibimos lo que necesitamos.

¿Sabes cuál es el regalo que nunca falta?

El papá sonrió y señaló alrededor: su familia riendo, sus amigos compartiendo galletas, el calor del hogar, las luces titilando como estrellas.

—El regalo invisible, Willy... el cariño, la compañía, el estar juntos. Ese regalo no viene en cajas, pero llena el corazón más que cualquier juguete.





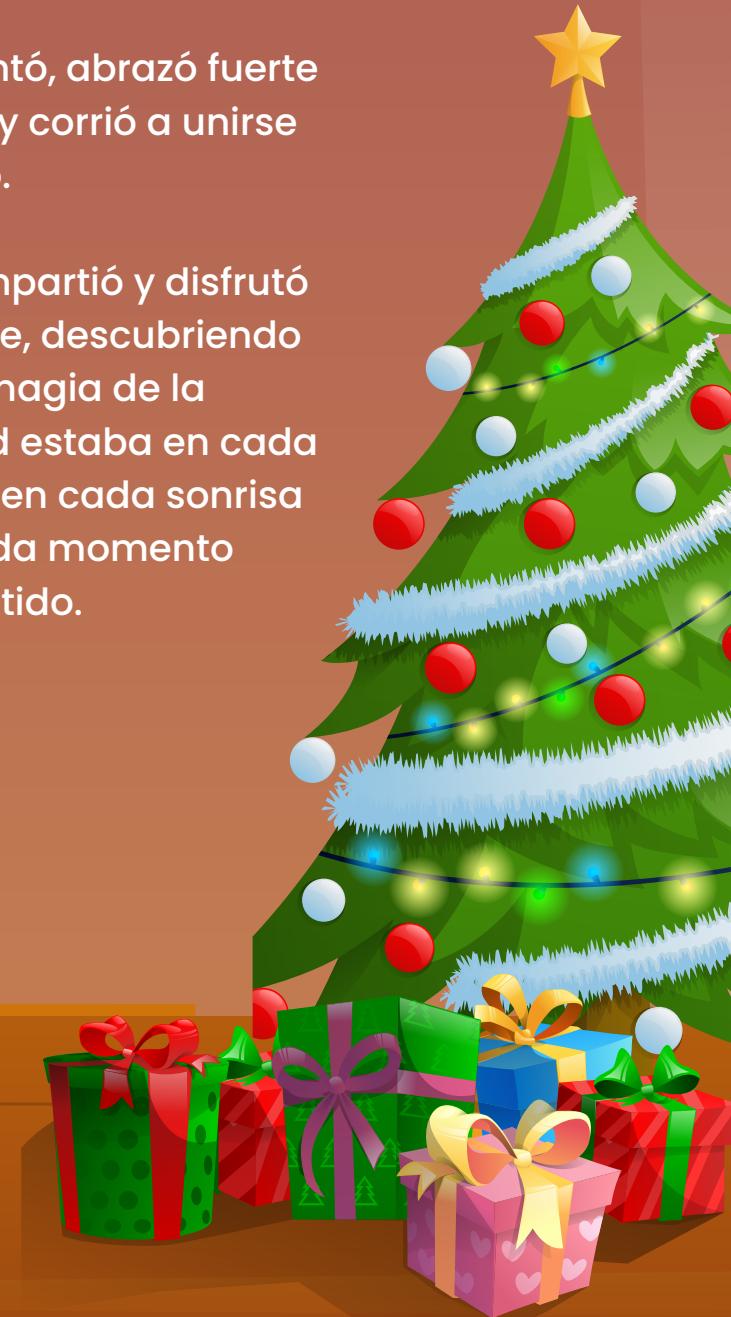
Willy se quedó en silencio, respirando el olor a canela y escuchando las risas alrededor. Poco a poco, su pecho se sintió más liviano. Levantó la mirada, vio a sus amigos llamándolo para jugar y a su papá esperando un abrazo.





Se levantó, abrazó fuerte
a papá y corrió a unirse
al juego.

Rió, compartió y disfrutó
su noche, descubriendo
que la magia de la
Navidad estaba en cada
abrazo, en cada sonrisa
y en cada momento
compartido.



Al final de la noche,
viendo las luces
parpadear, Willy
susurró:

—Creo que ya
entendí... hay regalos
que no se pueden
envolver.



Cardio Tip

En Navidad, los niños pueden experimentar emociones intensas como ilusión, frustración o tristeza, incluso cuando todo parece festivo. Validar lo que sienten, escucharlos sin juzgar y ayudarlos a ponerle nombre a sus emociones fortalece su seguridad emocional. Acompañarlos con presencia y palabras amorosas es uno de los regalos más valiosos para su desarrollo emocional y su bienestar a largo plazo.

